

LOS B. MARTIRES DEL JAPON

PEDRO DE ZUÑIGA, LUIS FLORES, BARTOLOMÉ LAUREL
Y BARTOLOMÉ GUTIERREZ

EXTRACTOS DE LA OBRA INTITULADA

Relacion de la gloriosa muerte de doscientos cinco B. Mártires en el Japon

ECRITA EN ITALIANO

POR EL R. P. JOSÉ BOERO DE LA COMPANIA DE JESUS



ROMA

IMPRENTA POLIGLOTA

LA S. C. DE PROPAGANDA FIDE
1891.

BV3445

B6

c.1

ÓNOMA

ERAI DE

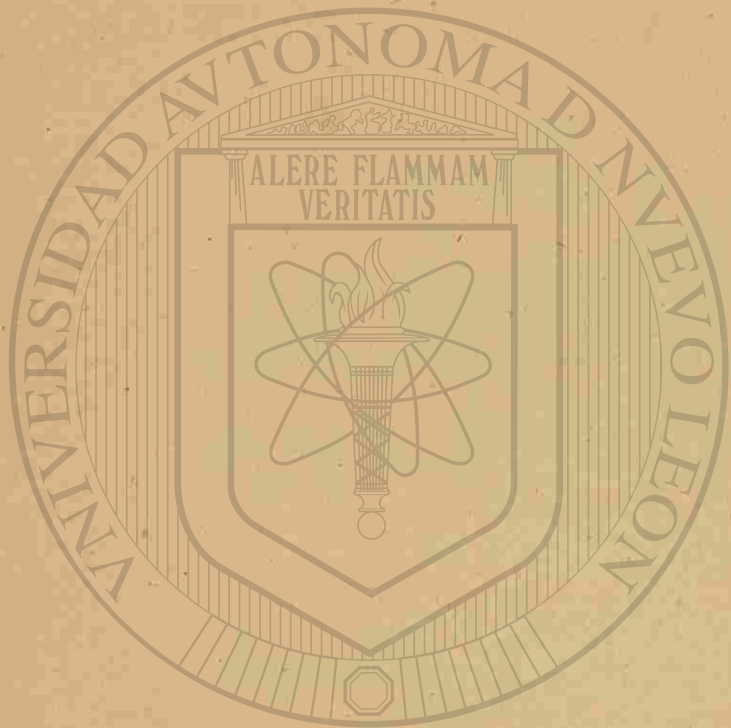
BV3445

B6

c.1



1080024830

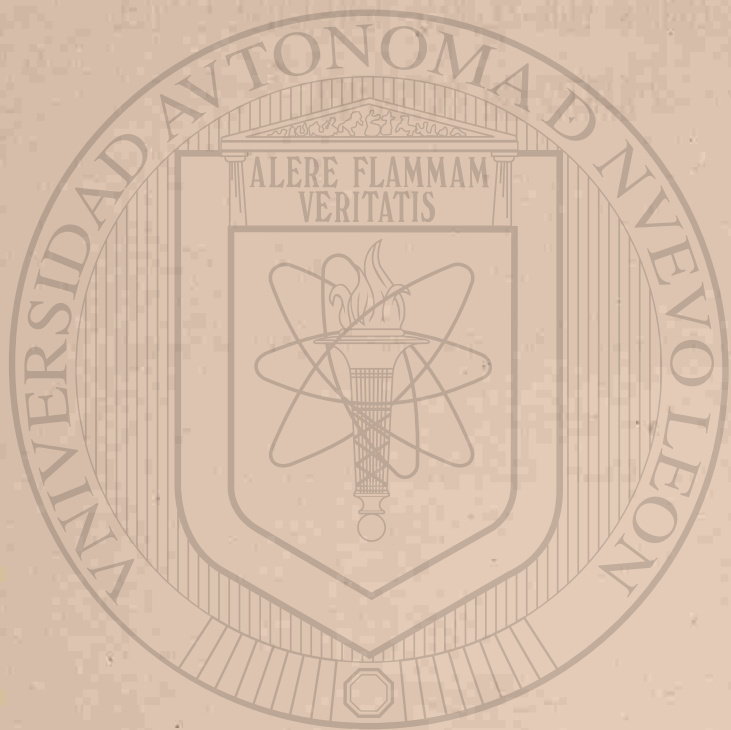


UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



LOS B. MARTIRES DEL JAPON

PEDRO DE ZUÑIGA, LUIS FLORES, BARTOLOMÉ LAUREL
Y BARTOLOMÉ GUTIERREZ

EXTRACTOS DE LA OBRA INTITULADA

Relacion de la gloriosa muerte de doscientos cinco B. Mártires en el Japon

ECRITA EN ITALIANO

POR EL R. P. JOSÉ BOERO DE LA COMPANIA DE JESUS

U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

ROMA

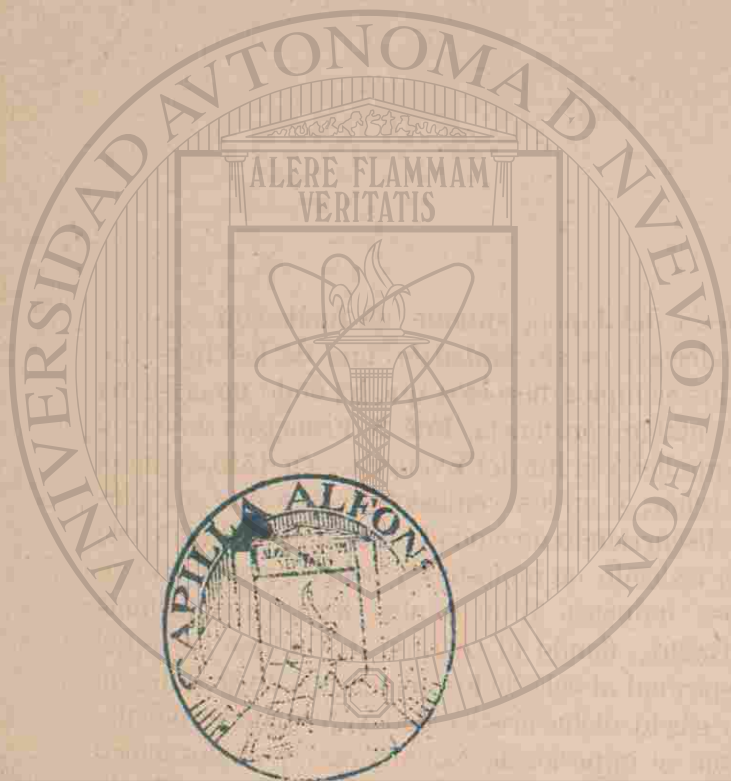


DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
IMPRENTA POLIGLOTA
DE LA S. C. DE PROPAGANDA FIDE

1891.

BV3445

B6



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

125364

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

I.

La Iglesia del Japon, aunque de fundacion relativamente moderna, es sin embargo una de las más ilustres por los ejemplos heroicos que ha dado de cristiana é inquebrantable constancia. Fué S. Francisco Javier el primero que llevó la luz del Evangelio, en 1549, á aquel apartado reino; y en los veintisiete meses que allí permaneció, discurriendo de ciudad en ciudad hasta la corte de Meaco, rodeado de molestias y peligros, ganó con su maravillosa industria é incesantes fatigas muchisimas almas á Cristo, fiando al retirarse el cultivo de aquel campo espiritual al celo de los que en pos de él viniesen. Creció en efecto dicha cristianidad y propagóse por doquiera bajo el imperio de Nobunanga, y en los cinco primeros años del de Taicosama, contándose más de doscientos mil fieles diseminados en varias provincias y reinos de aquellas islas. Cuando más florecía y se multiplicaba, movió Taicosama, en 1596, la primera persecucion, que fué general, y cosechó las palmas de los veintiseis Santos Mártires crucificados en Nangasaki el 5 de Febrero de 1597*.

* Fué uno de ellos el glorioso S. Felipe de Jesús, Protomartir de Méjico (N. del T.).

Muerto Taicosama, usurpó el imperio Daifusama, tutor del legítimo heredero Findeyori, sujetando despues á vasallaje por el terror de sus armas á todos los príncipes del Japon. No se manifestó al principio hostil á los cristianos, antes bien mostró favorecerlos con su proteccion; mas luego que se hubo afirmado en el trono, se les declaró abiertamente enemigo y perseguidor. Lanzados por él de la corte y despojados de sus bienes los príncipes y señores cristianos en 1614, mandó echar bando por todo el Japon para que al punto se derribasen las iglesias, casas religiosas, hospitales y cofradias, y se quemasen las cruces, imágenes, libros y demas cosas sagradas: ordenábase á los ministros del Evangelio que dentro de cierto plazo saliesen del país, y á cuantos profesaban la ley cristiana intimábaseles la abandonasen y volviesen al culto de los dioses, pena irremisible de la vida y confiscacion de bienes á los recalcitrantes y contumaces, con demolicion de sus casas y extrañamiento de sus familias: aplicábase tambien dicho bando á cuantos acogiesen á los sacerdotes y demas cristianos, ó con noticia de su paradero no los denunciasen. Leyes cruelesimas, no solo confirmadas, pero tambien agravadas por su hijo el Iongun y su nieto el Tojongun, que uno en pos de otro le sucedieron.

Más de treinta años duró la feroz persecucion, hasta quedar casi asolada aquella cristiandad antes tan floreciente. Competian los tiranos en inventar nuevos y atrocisimos tormentos, y los fieles en soportar con invicta fortaleza la atrocidad de los tormentos y la ignominia de la muerte. Fueron suplicios comunes entónces quitar la vida á porrazos, rompiendo todo el cuerpo con mazos de madera, hundir hierros candentes en las carnes, colgar de una cruz, hender la cabeza ó dividirla del cuello al golpe de una cimitarra. Otros hubo inusitados, verdaderos inventos de despiadada crueldad, como

arrancar con tenazas la piel, los miembros, músculos y nervios; cortar á pedazos las carnes con cuchillos sin filo; sumergir á unos en agua helada hasta quedar extinguido el calor vital, poner á otros á quemarse á fuego lento por dos ó tres horas; tener á estos colgados por los piés muchos dias, pendiente la cabeza dentro de un hoyo; bañar á aquellos y meterlos poco á poco en agua sulfurosa hirviendo, para que se pudrieran vivos y cual cadáveres bulleran en gusanos.

A pesar de tan acerbos tormentos, los cristianos arrojaron admirablemente el peligro, y se mantuvieron firmes en la resolucion de dar su sangre y su vida ántes que renegar la fe de Iesucristo: y no solo fueron gentes de humilde origen y complexion robusta, mas tambien de sangre nobilissima, y hasta regia, criados entre las comodidades y goces de opulentas familias; matronas y mujeres de avanzada edad, doncellas delicadas y aún tiernos niños de pocos años. Fueron los primeros en hacer cara y dar ejemplo los ministros de Dios y predicadores del Evangelio, que de Italia, España, Portugal y Méjico habian acudido movidos del celo de las almas y del deseo de coronar sus grandes trabajos con el martirio, todos ellos fueron religiosos de las sagradas órdenes de S. Domingo, de S. Francisco, de S. Agustin y de la Compañia de Jesus; y no pocos singularmente ilustres asimismo por la nobleza de su sangre, por su profundo saber ó por el esplendor de sus heroicas virtudes y fatigas apostólicas. Todos, religiosos y seglares, japoneses y forasteros, antiguos cristianos y nuevos, muy léjos de amedrentarse á vista de los tormentos, puede decirse que corrian á buscarlos y competian por ser del número de los sentenciados: una vez seguros del martirio, vestianse como para una fiesta, y con intrépido semblante y corazon lleno de gozo, respondian valerosamente á los jueces, daban las gracias á los ver-

dugos, predicaban desde lo alto de la cruces y cantaban alabanzas á Dios en medio de las llamas: las madres mismas ofrecian á sus hijos para que los matasen, pidiendo para si mayores suplicios.

Grandes maravillas fueron aquellas, milagros patentes de la divina gracia, y muy semejantes á los que en confirmacion de la fe obró Dios en los mártires de la primitiva Iglesia. De aquí que los autores de historias eclesiásticas y los apologistas de la Religion no dudasen en aducir como prueba de la divinidad de la fe católica, la firmeza, la constancia y los triunfos de estos mártires japoneses.

Suben á muchos miles los cristianos de ambos sexos que durante la persecucion padecieron martirio; mas no de todos se pudieron lograr informaciones juridicas, por razon de no haberse instruido en el Japon los procesos apostólicos, sino en Manila (Filipinas), en Macao (China) y en Madrid (España); motivo por el cual solo pudieron recibirse las declaraciones de los japoneses desterrados y de algunos mercaderes españoles y portugueses, que no presenciaron todos los martirios, ni de todos pudieron tener segura noticia. Dieron testimonio si de mas de doscientos, y fué, á no dudarlo, singular providencia de Dios, que se encontrasen fuera del Japon mas de setenta testigos, de los cuales, unos habian visto con sus propios ojos aquellas gloriosas muertes, y otros habian escuchado de ellas relaciones verdaderas.

II.

Los Beatos Luis Flores y Pedro de Zúñiga

Fué el B. Pedro de Zúñiga hijo de D. Alvaro de Zúñiga, setimo Virey de Méjico, y de Da. Teresa, Marquesa de Villamarina: vió la luz en Sevilla ~~en el año de~~

~~años de edad~~ ~~provinciente~~ ~~en el~~ ~~de~~ ~~Méjico~~ por el año de 1585. Desde sus tiernos años dijo adios al mundo, entrando en la orden de S. Agustin y fué con el tiempo excelente religioso y buen predicador. En 1610 alcanzó de los superiores que lo enviasen á las islas Filipinas, donde recibida la nueva de la gloriosa muerte del B. Fernando de S. José, con una carta de este siervo de Dios en que pedia operarios para aquella mision ardua y penosa, no supo contenerse y pasó al Japon. Presenció las congojas, padecimientos y muertes de los fieles, y por su parte se esforzó en promover por doquiera la gloria divina y la salvacion de las almas. Por mandato del Provincial tornó a Manila, llevando consigo la relacion de los triunfos grangeados á la fe por la constancia de tantos mártires, abogó por aquella cristiandad en el capítulo provincial, del que recibió no pequeños auxilios, y regresó al Japon con el P. Luis Flóres.

Este era belga, y su verdadero apellido Fraryn, y nació en la ilustre ciudad de Gante, donde existe aún su familia considerada y próspera. Habiendo pasado á Méjico por cierto negocio, allí renunció al mundo y se consagró á Dios en la orden de Predicadores: muchos años despues, y no obstante ser ya sexagenario, navegó con rumbo á las Filipinas y al Japon, ardiendo en celo por la conversion de aquellos infieles y anhelando padecer y morir por Jesucristo.

El año de 1620 salieron ambos de Manila para al Japon en la nave del capitán Joaquín Firayama, noble japonés de gran virtud, convertido y bautizado por el P. Baltazar Tórres jesuita, llevando de compañía otros doce japoneses que volvian á su patria. Sobrevino una tempestad y fueles forzoso guarecerse en el puerto de Macao, hasta que sosegado el mar pudieron proseguir el viaje: hallábanse el 2 de Agosto entre Formosa y la

China, cuando se vieron de improviso asaltados por una nave de herejes holandeses, que los capturaron: diéronse estos el parabien, notando, al pasar lista de los presos, que podían presentarse en el Japon más como aliados que como corsarios, pues reconocieron por ministros del Evangelio á nuestros dos religiosos, no obstante ir vestidos de mercaderes.

Gozosísimos los herejes, condujeron la nave á Firando, y sin escrúpulo de ninguna especie los denunciaron y entregaron á los perseguidores. Despues de muchas vicisitudes, certificados éstos de la verdad por confesion de los mismos religiosos, participaron á la corte lo acaecido. El emperador, instigado per los herejes holandeses é ingleses que moraban en Firando, montó en terrible cólera, y al punto ordenó á Gonrocu, gobernador de Nangasaki, que hiciése quemar vivos á los dos Padres y al capitan Joaquin, y á los otros mandase cortarles la cabeza. Así que Gonrocu hubo regresado de la corte á Nangasaki, lo cual tuvo lugar el 27 de Julio de 1622, se dispuso á ejecutar sin demora la sentencia. Llegaron poco despues desde Firando los tres presos, y además dos de los japoneses capturados, para quienes habian fabricado una sólida cárcel de tablas en la misma barca, custodiada por doscientos soldados repartidos en otras barcas que la rodeaban por completo. Así estuvieron en el puerto hasta el 19 de Agosto, dia en que los sacaron á tierra para notificarles la sentencia de muerte á fuego, ya indicada por la circunstancia de haberlos presentado al gobernador, cada uno con su verdugo detrás, el cual llevaba una grande horquilla de hierro para aderezar la hoguera y atizar el fuego. Iban los religiosos con la acostumbrada tonsura, y el hábito propio de su respectiva orden. Dominico el P. Flores y Agustino el P. Zuñiga; estrechamente atados, pero con tales nuestras de ánimo fuerte, que fue

un consuelo para todos los fieles que los miraban. Los condujeron á morir fuera de la ciudad, juntamente con los otros doce compañeros japoneses, llamando la atencion comun el capitan Joaquin por la generosa resolution y ánimo fervoroso con que sin cesar predicaba contra el impio y vano culto de los idolos, ora expresando su interior inspiracion, ora lo que en español le sugerian por lo bajo ambos religiosos. Antes de encender la hoguera donde iban á ser sacrificados estos tres siervos de Dios, los verdugos les hicieron presenciar la muerte de sus doce compañeros, que fueron, degollados uno en pos de otro á su vista. Dieron fuego despues á la leña, colocada artificiosamente algo lejos de los palos donde hebian amarrado á los mártires, para que durase más el suplicio; cuidaban de rebajar el combustible cuando levantaba mucha llama, y los atormentaron así por espacio de dos horas que tardaron en morir, siempre inmóviles, orando y puestos los ojos en el cielo.

Consumado el sacrificio, los verdugos amontonaron los mutilados cuerpos, custodiándolos dia y noche por cuatro dias consecutivos, pasados los cuales permitió Gonrocu á los cristianos, contra lo que se esperaba, que los recojiesen y les diesen sepultura. El cuerpo del P. Flores fué depositado en casa de una virtuosa viuda donde solian reunirse los Padres dominicos para celebrar; el del P. Zuñiga rescató de los infieles á gran precio D. Martin de Govea, noble portugués, quien lo puso en un area decente y se lo llevó á Macao, donde fué colocado despues en la iglesia de la Compañia de Jesus.

III.

El B. Fr. Bartolomé Laurel.

Después de los acaecimientos referidos, tuvo lugar, en 1623, la abdicación del Iongun, que trasmirió el imperio á su hijo primogénito; renovó este, como era de costumbre, todas las leyes anteriores y en especial aquellas que iban encaminadas á destruir la religion cristiana, valiéndose principalmente de grandes promesas de honores y dinero á los que delatasen á los cristianos y sobre todo á los ministros del Evangelio. Re-crudecióse todavía mas la persecucion con haber sido nombrado un tal Midzano Cavachi para reemplazar á Gonrocu en el gobierno de Nangasaki, lo cual sucedió á mediados del año de 1626. El Cavachi, que tenia autoridad de presidente y juez ordinario, así en la ciudad como en los pequeños reinos que en torno de ella se encuentran, publicó bandos terribles, no bien hubo tomado posesion de su cargo. Pena de la vida, no se bautice á los niños, no se lean libros espirituales, no se observe el calendario europeo, no se reunan para practicar la Religion: todo japonés cristiano ausente del país, reniegue de la fe á su regreso: ningun gentil ó renegado que vaya á Macao por razon de comercio se hospede sino en casa de gentiles ó renegados: no se admitan en ningun puerto naves que lleguen de Filipinas: todo el que tuviere noticia de algun religioso, denúncielo, así como á la familia que lo albergó; si espontáneamente lo hiciere, será premiado. Hecho esto, envió por todos lados, sin excéptuar las montañas y sitios desiertos, gran numero de esbirros de espías, sin más oficio que estar en acecho de cuantos pasasen y dar en ellos, por si lograban descubrir algun religioso.

Más de un año duraba ya la persecucion, con muerte de muchos ilustres mártires, cuando el B. Fr. Bartolomé Laurel fué llamado por Dios á participar de sus gloriosas coronas.

Era el B. Laurel mejicano de nacion, y vió la luz en Puebla, donde vistió el habito de S. Francisco en la flor de su edad; profesando la regla en la condicion de lego. * Cuando llegó a Mejico el P. Francisco de Santa Maria, franciscano originario de España, se le juntó como inseparable compañero, hizo viaje con él á Manila en 1609, y lo siguió hasta el Japon, ocupándose conforme á su estado en disponer á los paganos á abrazar la fe y preparar á los fieles á recibir los sacramentos, dando repetidos ejemplos de humildad, mortificacion, modestia y celo.

Llegaron ambos al Japon en 1622, año en que la persecucion hizo terrible estrago en la grey cristiana, y pasaron cuatro años entre continuos peligros, hasta que los prendieron en casa de Gaspar Vaz, terciario de S. Francisco, así como su mujer Maria, los cuales fueron tambien martirizados, con otros muchos compañeros, en el mismo dia que nuestros religiosos. Eran por todos quince, y de ellos fueron ocho degollados y siete quemados vivos: del número de estos fué nuestro Fr. Bartolomé Laurel, el P. Francisco de Santa Maria, y otro lego franciscano, japonés de nacion, Fr. Antonio de S. Francisco. Se verificó su glorioso martirio á 16 de Agosto de 1627.

* Antes de entrar en religion ejerció en Puebla el oficio de tejedor (N. del T.)

IV.

El B. Fr. Bartolomé Gutierrez.

A fines de Julio de 1629 llegó á Nangasaki cierto Takimaga Uneme, mandado con amplias facultades por el emperador para suceder á Cavachi en la presidencia de Chimo; así se llaman todas las provincias puestas á mediodía. Era señor de una parte del reino de Bungo, y desde 1614 se habia señalado como gran perseguidor de los cristianos. Mal dispuesto de sí, y apretado de las severas órdenes del soberano, apenas hubo desembarcado, preparóse á arrancar de raíz la fe de Cristo en Nangasaki y en los países circunvecinos, y desgraciadamente lo consiguió en gran parte. Mandó comparecer á treinta y tres varones y veintisiete mujeres, y despues de haber empleado en vano promesas y amenazas para obligarlos á apostatar, los mandó el 3 de Agosto al monte Ungen, ordenando que fuesen acerbísimamente atormentados con las hirvientes aguas que allí brotaban y con exponerlos á los ardores del sol, mas de tal suerte que se prolongase el suplicio cuanto fuese posible. Ejecutado este cruel estrago que puso gran terror y desaliento en los fieles, Uneme fingió cierta indiferencia y hasta pareció no pensar mas en la religion cristiana, como persuadido de que enteramente habia acabado con ella. Artificio fué este de su grande astucia, para inspirar confianza á los religiosos y convidarlos á salir de sus escondites con el deseo de levantar á los que por flaqueza cayeron y de confirmar en la fe á los que se habiam mantenido fieles. Entretanto despachó espías por todas partes, prometiéndoles grandes mercedes á los que le llevasen preso algun religioso.

Hallábase entónces retraido en el Pequeño lugar de Coga el P. Fr. Bartolomé Gutiérrez, originario de Nueva España y religioso de la órden de S. Agustín. Nació en la ciudad de Méjico en Setiembre de 1580, de ricos y nobles padres que lo educaron con cristiano esmero: recibió el hábito á los diez y seis años, y profesó solemnemente el 1º de Julio de 1597. Terminados los estudios y ordenado de sacerdote, pasó en 1606 á las islas Filipinas, donde fué Maestro de Novicios por muchos años. Era su deseo más vivo propagar la fe entre los idólatras y en defensa de la misma derramar su sangre, y disponiase para tan alta empresa con prolija oracion y ásperas penitencias. Al fin alcanzó lo que deseaba, siendo en Mayo de 1613 despachado por los superiores al Japon, en donde trabajó incesantemente por diez y ocho años continuos en el bien de las almas, padeciendo mucho y expuesto siempre á mil peligros. Fué hombre de santa vida, á quien los Padres de la Compañia, con quienes guardó estrecha union de caridad, recomiendan en muchas de sus cartas por su rara prudencia, inalterable mansedumbre y ardentísimo celo.

El fué el primero que cayó en manos de los espías del gobernador: descubierto su retiro y sin hallar quien osase albergarlo, se escondió en la espesura de una selva; allí fué sorprendido y llevado á Nangasaki, con su catequista Juan Cocumbuco y su familiar Miguel Kinochi. Pusiéronlos en estrecha prision, con los piés en grandes cepos de hierro, que despues fueron cambiados por argollas asimismo de hierro que les echaron al cuello, como lo vió el P. Antonio Ichida, de la Compañia. Con él y otros confesores de Cristo fué trasladado Fr. Bartolomé á la cárcel de Omura, donde pasaron cerca de dos años en medio de penalidades que ellos acrecentaban con ásperas penitencias. Dormian en el duro suelo de un calabozo tan estrecho que no podian

estar sino encojidos: ayunaban diariamente, comiendo una vez al día escasa medida de arroz negro sin condimento alguno: se disciplinaban cuatro veces á la semana: hacer oracion, hablar de Dios, suspirar por el martirio era su ocupacion continua. El 25 de Noviembre de 1631 fueron llevados de nuevo á Nangasaki, de cuya prision los sacaron para el monte Ungen el 3 de Diciembre siguiente. Eran seis, á saber los PP. Fr. Bartolomé Gutierrez, Fr. Vincente Carvalho y Fr. Francisco de Jesus, agustinos; el P. Antonio Ichida, jesuita japonés; D. Jerónimo, presbitero secular, tambien japonés, que llevaba el apellido de Torres, y Fr. Gabriel de la Magdalena, lego franciscano. Llegados al monte, los separaron encerrándolos en otras tantas cabañas de tablas, con cepos en los piés. Al día siguiente los llevaron uno por uno á la orilla de una gran cavidad, llamada Boca del Infierno, y anunciándole á cada uno los prolongados y terribles tormentos que habria de sufrir en aquella agua hirviendo, lo exhortaban á apiadarse de sí mismo, haciendo á tiempo lo que despues tendria que hacer, vencido del dolor y con tanto riesgo de la vida; que ni eran de piedra sus cuerpos, ni tenían mas entereza de ánimo que tantos centenares de cristianos que al fin hubieron de rendirse á quel tormento. Escribió despues el P. Antonio que, fuese por el intenso frio que habia, ó por otra causa, el caso es que aquellas aguas sulfurosas, turbias y hediondas levantaban tan grandes borbollones y con tal violencia y estrépito se rompian, que habrian puesto horror en el corazón más valiente, á menos de fortalecerlo Dios con gracia extraordinaria. Y á todos seis la concedió el Señor, para que contestasen unánimes, cual si se hubiesen concertado, que estaban dispuestos á padecer todavia más, si con mayores padecimientos pudieran acreditar mejor su fe. No se habló más. Habian preparado una gran sar-

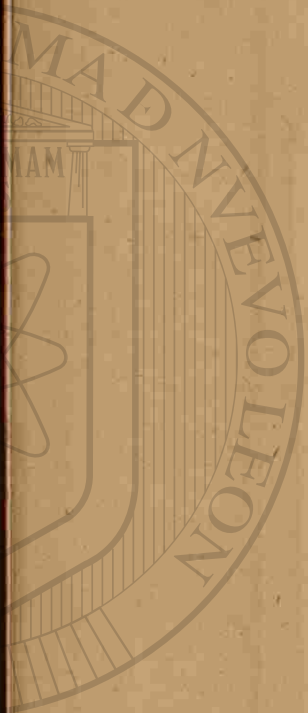
ten de palo con un agujero en el medio, el cual destapaban despues de llenarla de agua hirviendo, y con el chorro que por abajo salia iban bañando el desnudo cuerpo del mártir, sin dejar parte de él que no abrasasen repitendo por segunda y tercera vez la inhumana operacion. Hinchábanse los cuerpos (propio efecto de aquellas aguas) y se les desprendian tiras de piel viva, sin que alguno diese muestra de sentir dolor, con asombro y rabia de los atormentadores. Un médico que llevaron curaba las llagas y determinaba la repeticion del tormento segun las fuerzas de cada uno, para que fuese más duradero; á unos dos veces al día, á otros hasta seis. Un mes perseveraron así, admirando con su constancia á todo el país de Nangasaki y de Tacacu, con altísimo loor de nuestra fe, hasta que los ejecutores mandaron á decir al tirano Uneme que antes de vencer á uno solo, agotarían los manantiales calientes del monte. En consecuencia, ordenó que regresasen a Nangasaki, mas no ántes que él saliese para la capital (á donde iba todos los años), por considerarse afrentado si se hallaba en la ciudad cuando volviesen los mártires en son de triunfo. El 5 de Enero de 1632 tornaron, pues, á la cárcel pública de Nangasaki los invictos confesores de Cristo, donde permanecieron ocho meses con grandísimos padecimientos y no menor alegría espiritual, hasta que el 3 de Setiembre consumaron á fuego lento su martirio. Este día, despedida con desprecio la última intimación que la vispera les hiciera Uneme para que renegasen, los metieron en una especie de literas enteramente cerradas, para que no los pudiera ver la muchedumbre. Iba delante un soldado llevando en alto la sentencia, la cual decia: « Van estos condenados á morir por ser sacerdotes y ministros de los cristianos, y predicar la ley de Cristo en el Japon ». Así que llegaron á la cumbre del monte, y los sacaron de las li-

teras, entonaron todos el salmo *Laudate Dominum omnes gentes*, y fueron luego atados á los postes con cuerdas delgadísimas, para que pudiesen romperlas y huir, si quèrian: las hogueras eran de leña verde, untada de lodo, para que resistiera mejor al fuego. En tanto el P. Fr. Bartolomé, así como los demas, habló al pueblo, segun lo que Dios le inspiraba, y cuando prendió el fuego, el P. Fr. Vicente Carvallo, sacando del pecho un crucifijo pequeño, dijo á los compañeros: « Vamos, pues, soldados valerosos de Cristo; viva la fe de Jesus, y por ella con ánimo fuerte demos nuestras vidas. » Todos siguieron alabando á Dios, hasta que sofocados por el humo y las llamas, entregaron sus invictas almas al Creador. Sus cenizas fueron, como de costumbre, echadas al mar.

Seguidos los trámites ordinarios, la S. Congregacion de Ritos consultó al Sumo Pontífice Pio IX la beatificacion de los siervos de Dios, Pedro de Zuñiga, Luis Flores, Bartolomé Laurel y Bartolomé Gutierrez, con otros muchos compañeros de martirio, la cual fué decretada por S. Santidad en Breve de 7 de Mayo de 1867.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UAN

IDAD AUTÓNOMA DE NUEVO

CIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

